

Clases para amar:

desde la prisión de Guantánamo.



Edición:
ENCONTEXTO.

Fuente:
artículo escrito por Mansoor Adayfi
para nytimes

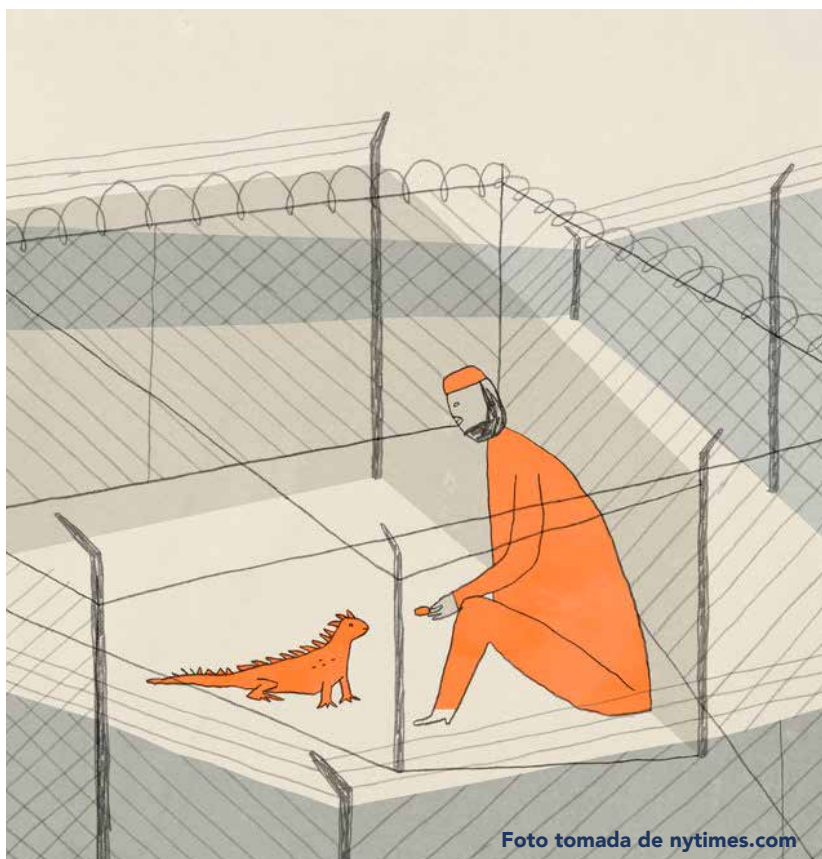


Foto tomada de nytimes.com

Pasé mis veinte y casi la mitad de mis treinta en la prisión en la base naval de la bahía de Guantánamo, Cuba. Para cuando cumplí 35 años, la relación más importante que había tenido como adulto, fue con una iguana.

Al llegar, me pusieron en una celda de aislamiento, con enormes ventiladores afuera, funcionando día y noche, con ruido ensordecedor, para evitar la comunicación entre prisioneros. Ni en los supuestos descansos recreativos, nos permitían hablar con otros detenidos.

Afuera, sí conocíamos a nuevos amigos: los gatos, las ratas plataneras, las pequeñas aves y las iguanas que se cercaban y pedían compartir nuestra comida.

Tuve una buena relación con **una hermosa y muy elegante joven iguana**. Solía venir todos los días a la misma hora y **almorzábamos juntos**. Una vez hice huelga de hambre; me avergonzaba estar ahí, sin alimentos, cuando venía a verme. No tenía qué darle.

Los guardias nos castigaban por compartir la comida con ellos. Era imposible evitar que les hablara. No podía responderme... pero era buena para escuchar. Pasaron los años y nuestra amistad se consolidó.

Luego de siete años de aislamiento, me llevaron a un pabellón comunitario, donde podía hablar con otros reos.

Nací en una pequeña aldea en las montañas de Yemen. Hasta los 12, creí que había nacido de la rodilla de mi madre. En la escuela aprendí de dónde venían los bebés, pero la gente en mi cultura no salía en citas. Tenía sólo 19 años cuando llegué a Guantánamo. No sabía mucho del mundo; el mundo era sólo mi aldea. **Ahora, ese mundo era Guantánamo.**

Mis conocimientos **siguieron siendo teóricos**, como la mayoría de nosotros. Pocos estaban casados o sabían de las **relaciones amorosas** entre hombres y mujeres.

Aun así, hablar de mujeres **era mi tema favorito**. No de una mala manera, pues a los musulmanes nos prohíben hablar así de las mujeres. Lo hacíamos, **porque nos relajaba**. Cuando alguien contaba una anécdota sobre mujeres, todos lo escuchábamos. **Nos imaginábamos** cómo era amar a una mujer, mientras estábamos **rodeados de hombres**.

No éramos los únicos que extrañaban a las mujeres, también los guardias lo hacían. Había pocas mujeres en ese trabajo.

Uno de los detenidos de más edad y casado, vio que los solteros estaban desesperados por saber sobre mujeres, **así que decidió enseñarnos**. Organizábamos clases, para aprender todo lo que pudiera enseñarse.

Por ejemplo, **un ex chef daba una clase de cocina**. Decía: "Voy a agregar la cebolla en el aceite caliente... Shhhh", imitando el sonido de las cebollas que se fríen; desde luego, no había cebollas, ni aceite, ni estufas. A veces bromeaba, al pedirles a los estudiantes que "probaran los platillos", para ver si "tenían suficiente sal" o "si creían que la carne ya estaba lista".

No me gustaba esa clase. Sólo hacía que me diera más hambre.

En nuestra primera clase de matrimonio, nuestro profesor pidió a cada uno decir qué pensaba sobre la forma en que los hombres debían tratar a las mujeres. Estuvimos de acuerdo en que los hombres **deben respetar** completamente a las mujeres, pero muchos de los estudiantes decían que los hombres eran y siempre serían superiores a las mujeres.

Después el profesor preguntaba: "Si fueran mujeres, ¿cómo responderían a mi pregunta? ¿Cómo querían que los hombres las trataran?"

Primero nos reímos, **imaginándonos como mujeres**. "Miren a Mansoor, con vello en todo el cuerpo", gritó un detenido, señalándome. "Espantarías a todos los hombres". "Si fuera mujer", dijo otro, "haría que todos ustedes soñaran, lloraran y gastaran su dinero; pero ninguno, con sus caras feas, **me tocaría ni un cabello**".

El profesor nos dejó bromear un rato; luego, dijo: "**¡Respondan mi pregunta, señoritas!**". Yo dije que, si elegía a alguien que me acompañara por el resto de mi vida, **querría una esposa** que fuera mejor que yo. Uno de los estudiantes intentó avergonzarme, al decir: "**¿Así que dejarás que tu esposa esté a cargo?** ¿Los hombres deben ser burros que sirven a las mujeres?"

Argumenté que a los hombres les han enseñado a ser superiores **a lo largo de la historia**, pero miren dónde estamos ahora. **Hay una guerra tras otra, sin fin**. Los hombres no dan vida a nada. **Sólo arrebatan vidas**. Todos nosotros, culpables o inocentes, estábamos en Guantánamo **hablando de matrimonio**, en vez de experimentarlo, por lo que habían **hecho los hombres**. Terminé con un señalamiento: todos sabíamos que **cuando había una comandante** a cargo de los guardias penitenciarios, **vivíamos vidas más pacíficas**. Cuando el comandante era un hombre, era más probable que nos trataran mal.

En las siguientes clases, nuestro profesor nos enseñó sobre **lo que es amar y ser amado**. Describió qué sentiríamos cuando viéramos y habláramos con la mujer que amábamos. Nos dijo **cómo nos comportaríamos** el día que nos comprometiéramos.

Después, tuvimos toda una clase dedicada al día más grande de nuestras vidas, el del matrimonio.

Fingimos que uno de los estudiantes se iba a casar y organizamos una boda, una celebración tradicional yemení. Cantamos y bailamos como si **estuviéramos en una boda de verdad**.

Nunca he estado enamorado, pero ahora **podía sentir esa ternura**. Igual que con la clase de cocina, la clase de matrimonio me daba más hambre. Me arrepentí de no haberme casado antes de llegar a Guantánamo. Me faltaba algo y ese algo **era una esposa y familia**.

Por un tiempo, tuve en mi celda la foto de la hija de 10 años de un amigo. Hice un marco con retazos de cartón y flores alrededor y la colgué en la pared. Cuando los visitantes venían a mi celda, **les decía que era mi hija**.

Me miraban con sorpresa por tener una hija rubia y me hacían preguntas sobre la madre; les decía que no la conocía, pero **que sí tenía una hija**. Le puse nombre árabe, **Amel**, que significa **Esperanza**.

Una noche entraron los guardias, nos rociaron con gas pimienta y destrozaron todo lo que había en nuestras celdas. Me dejaron sin Esperanza.

Pude haber dejado de soñar en el amor. Pero lo único más difícil que vivir sin amor, **es vivir sin dolor**. Sabemos que estamos vivos y que aún podemos sentir, gracias al él. A veces, **el dolor es como el amor**. Podía imaginar el amor; sin mi foto, **aún tenía esperanza**.

Después de muchos años de no poder hablar con mi familia, **pude hacer llamadas**. Hablamos de que se podía arreglar un matrimonio para mí, y estuve tentado a aceptar. Pero en clases habíamos hablado de los matrimonios forzados en algunos países. Me hirió pensar en que las chicas se vendan, como **si fueran ovejas**. Rechacé la posibilidad de un arreglo como ése.

En la última clase, el profesor nos pidió recordar la reacción a su pregunta sobre cómo deben los hombres tratar a las mujeres. **Ahora todos teníamos respuestas distintas**. Habíamos aprendido su lección. **Nos deseó matrimonios felices y buenas vidas con amor**.

En 2016, después de estar detenido durante más de catorce años, fui liberado de Guantánamo. Nunca me acusaron de ningún delito. Pero, no me permitieron ir a casa a Yemen.

Vivo en Serbia, solo. No he encontrado una mujer que sea mi amiga y esposa y **me enseñe el arte del amor**. Ya ni siquiera tengo una iguana. Pero, gracias a ella, **aprendí cómo cuidar a los demás**. Me recordó cómo conectarme con la vida, incluso, tras de las rejas de mi prisión. Y gracias a mi clase de matrimonio, sé que un día seré **un buen esposo y un padre amoroso**.

Mi esperanza aún vive. La llevo conmigo siempre y me ayuda a enfrentar las dificultades de la vida cotidiana. Espero que la esperanza y el amor también puedan ayudarnos con **los problemas que enfrentamos como países**. 🇨🇪

Mansoor Adayfi estuvo detenido de febrero de 2002 a julio de 2016. La cárcel no logró marchitar su corazón. Por el contrario, le enseñó a amar.